

LAS SCRIPTORUM INTERPRETATIONES EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

The Hellenistic period and Late Antiquity witnessed a notable development of the literary form of commentaries on classical texts. The present article analyzes the rhetorical, juridical, and philosophical origins of the main principles of this hermeneutics, then describes its systematization and use in commentaries by Neoplatonic authors on the works of Plato and Aristotle, as well as by Christian authors on the Bible. By way of hypothesis, it is proposed that the hermeneutical principles involved may be classified according to the three basic elements of communication (author, message and reader), in the following manner: the author's intention, the text's meaning (literal and allegorical), and the reader's utility.

1. *Precedentes, nacimiento y desarrollo de los Comentarios de texto*

El Comentario de textos, cuyo nacimiento se sitúa a comienzos de la época helenística en la ciudad de Alejandría, contaba, sin embargo, con importantes precedentes, ya que las principales reglas hermenéuticas se habían originado en la Grecia clásica con la precisa intención de interpretar la antigua literatura nacional, sobre todo las obras de Homero¹. Los primeros pasos de la exégesis griega se encaminaron a la

¹ Punto de partida de nuestras investigaciones ha sido, además del trabajo de H. Schreckenberg: voz *Exegese* I, en: RAC 6 (1966) 1174-1194, bibliografía más reciente: Ch. Schäublin: *Untersuchungen zu Methode und Herkunft der antiochenischen Exegese*, Köln-Bonn 1974; B. Neuschäfer: *Origenes als Philologe*, 2 vols., Basel 1987; P. Hadot: *Théologie, Exégèse, Révélation, Ecriture dans la philosophie grecque*, en: M. Tardieu (ed.), *Les règles de l'interprétation*, Paris 1987, 13-34; B. Studer: *Delectare et prodes-*

aclaración de los nombres para intentar captar la esencia de una cosa (recuérdese a este respecto el diálogo platónico *Crátilo*); nacieron así la Etimología y la Sinonímica que atrajeron la atención de algunos sofistas como Pródico, el fundador de esta última ciencia. También en el siglo V a. C. surgió el interés por la interpretación de los arcaísmos léxicos contenidos en la literatura homérica y en la poesía lírica arcaica; además, según muestran varios pasajes de los diálogos platónicos, los filósofos de los siglos V y IV a. C. comenzaron a interpretar no sólo aspectos parciales de obras literarias, como el significado de las palabras, sino también el conjunto de un poema completo, sirviéndose de principios hermenéuticos en un grado bastante desarrollado de evolución, como son: a) la paráfrasis; b) el recurso a lugares paralelos de obras del mismo o de otros autores; c) el examen de la posición sintáctica de la palabra; d) el significado no sólo de palabras, sino también de las cosas, sucesos y mitos, para lo que se necesitaba recurrir a conocimientos de ciencias especializadas. Con estas reglas hermenéuticas, que se aprecian ya en los diálogos platónicos (*Fedro* 274e/275e y *Prot.* 339a/348e), se comprende que para Platón el fin de la exégesis sea la comprensión de la *διάνοια* —pensamiento, intención— del poeta. También antes del período helenístico comienza la interpretación literal-histórica, como atestigua la figura de Heródoto, tanto de hechos históricos (pues participó en la polémica en torno a la autoría de obras atribuidas a Homero), como de los mitos, siendo Heródoto uno de los primeros intérpretes racionalistas de la mitología tradicional; y así se origina la cuestión acerca de la autoría auténtica o falsa de obras literarias y el interés por descubrir interpolaciones en textos auténticos. Podemos situar, por fin, en Aristóteles la primera Crítica Literaria en sentido estricto, heredera de los métodos exegéticos anteriores a él; la piedra de toque de esta crítica literaria consiste en encontrar la «rectitud» o «justeza» (*ὀρθότης*) del poeta y de la poesía (cf. *Arist., Poet.* 1460b 14); se pretende mostrar que los poetas no se contradicen, que no son irreverentes con los dioses, que son verdaderamente moralizantes, ejemplares y educadores, etc. En este esfuerzo por descubrir

la «rectitud» de la literatura —también entendida esta «rectitud» en el sentido de validez siempre perenne de la misma—, podemos considerar las tragedias griegas como un procedimiento de modificación-actualización de antiguos poemas², cosa que también hará Virgilio con su Eneida, otro buen ejemplo de variación actualizante de poesías arcaicas, y Tito Livio en sus primeros libros de *Ab urbe condita*, en que volverá a presentar las leyendas de la fundación de la ciudad adaptándolas a la mentalidad de sus contemporáneos. Una forma extrema de esta tendencia exegética de modificación-actualización es la alegoría, originada con anterioridad al siglo V a.C., pero desarrollada sobre todo a partir del estoicismo y del platonismo medio. El extremo contrario a la alegoría está representado por la interpretación racionalista de los mitos, ya nacida en la época clásica.

Estos precedentes constituyen el caldo de cultivo de lo que será el género del Comentario de textos que, perfectamente sistematizado y codificado, nacerá en el helenismo alejandrino y será continuado por autores romanos. Los primeros Comentarios literarios presentan aún cierto talante predominantemente filológico; se trata de los σχολία ο γλώσσαι, con anotaciones al margen a las obras de Homero, Hesíodo, Píndaro, Esquilo, Sófocles, etc.³. Comentarios en sentido estricto compuso ya Dídimo (s.II a.C) y también Aristarco (s.I a.C.), los cuales hacen pleno uso de las reglas hermenéuticas anteriormente esbozadas en los diálogos platónicos: a) la paráfrasis; b) el recurso a lugares paralelos, que Aristarco resume con el principio por él formulado y transmitido por Porfirio: ἀξιῶν δὲ ἐγὼ Ὅμηρον ἐξ Ὁμήρου σαφηνίζειν αὐτὸν ἐξηγούμενον ἑαυτὸν ὑποδείκνυον, «cuando me decidí por esclarecer a Homero a partir de Homero, indiqué que él se interpreta a sí mismo» (Porph., *Quaest. Hom. ad Iliaden*, ed. Schrader 297,16); c) el estudio del orden de las palabras que Apolonio Díscolo (s. II p.C.) define más ampliamente: σύνταξις ἀναγκαιοτάτη πρὸς ἐξήγησιν τῶν ποιημάτων, «la sintaxis es muy necesaria para la exégesis de los poemas»; d) y, por supuesto, el estudio del significado de las pala-

² Vid. B. Gentili: «Tragedia e comunicazione», en: *Dionisio* 54 (1983), 227-240.

³ Vid. entre otros G. Morocho Gayo (ed.): *Scholia in Aeschyli septem aduersus Thebas*, León 1989.

bras, que exigió un mayor nivel de profesionalización mediante la aparición de diccionarios y mediante un desarrollo notable de la Etimología y de la Gramática⁴. A esto hay que añadir el interés por la Retórica y la Métrica de las obras analizadas. Tanto Aristarco como Dídimo inician, además, la costumbre de dar tono polémico a sus Comentarios contraponiéndolos a los de otros exegetas, a quienes nunca mencionan nominalmente, sino sólo con el pronombre *τινες ο*, a lo sumo, *οί ἔρμηνεῖς*, «los intérpretes», a fin de suavizar amablemente las discrepancias con ellos.

El nuevo género⁵ se extendió muy pronto a otros ámbitos de la cultura, sobre todo a ciencias y técnicas especializadas. Así, son de destacar los Comentarios a las obras médicas de Hipócrates por parte de Galeno, los Comentarios a los textos jurídicos romanos, cuyo punto culminante se da en el tiempo entre Augusto y Diocleciano, los Comentarios a filósofos famosos, sobre todo a Platón, Aristóteles, Epicuro y Crisipo, y los Comentarios de autores cristianos a la Biblia⁶.

⁴ Vid. V. Bécars Botas: *Los orígenes de la gramática (griega)*, en G. Morochó Gayo (ed.): *Estudios de prosa griega*, León 1985, 179-195; M. Amsler: *Etymology and Grammatical Discourse in Late Antiquity and Early Middle Ages*, Amsterdam-Philadelphia 1989.

⁵ En el presente trabajo hemos evitado cuidadosamente la expresión «género literario» para referirnos a los Comentarios de texto. Ciertamente, desde el punto de vista de Jakobson, según el cual es texto literario aquél en que predomina la función poética del lenguaje, los Comentarios podrían constituir un género literario, por cuanto se escribieron de acuerdo a las normas de la retórica clásica. Pero desde otros puntos de vista, como el de Coseriu, según el cual la literatura se caracteriza por crear sus propios referentes, los Comentarios de texto son excluidos de esa definición, ya que el referente del Comentario es precisamente el texto que existe con independencia y anterioridad a ser interpretado. El Comentario sería, por tanto, un género técnico-hermenéutico o, en todo caso, un tipo de texto paraliterario o cuasi-literario. Para la crítica de Coseriu a Jakobson, vid. E. Coseriu: *Textlinguistik. Eine Einführung*, Tübingen 1981, 56-58 y 109-111. Para la definición de literatura como la que «crea también otros mundos posibles», vid. E. Coseriu: *El hombre y su lenguaje*, trad. castellana de M. Martínez Hernández, Madrid 1977, 201-207.

⁶ El más antiguo Comentario cristiano de que se tiene noticia es el Comentario al Evangelio de Juan compuesto por el gnóstico Heracleón hacia la mitad del siglo II. Los primeros autores católicos que se sirvieron de ese género para interpretar la Biblia fueron Hipólito y Orígenes; los de este último autor se asemejan por su extensión y estructura a los Comentarios filosóficos de su época y acusan también la influencia del judío Filón de Alejandría. Cf. G. Bardy: «Commentaires partristiques de la Bible», en: *Dictionnaire de la Bible*, Supplément, Paris 1926; M. Simonetti, voz *Commentari biblici*, en: *DPAC*, vol. I (1983), 741-743.

Siempre siguió vigente el Comentario a obras literarias tanto en ámbito griego como romano; y es aquí donde experimenta gran desarrollo no sólo el racionalismo desmitificador —recuérdese el fenómeno del evemerismo⁷—, sino también su extremo contrario, el método alegórico para la explicación de los mitos, fenómeno éste que guarda semejanzas y diferencias con la alegoría cristiana de la interpretación bíblica⁸.

2. Características generales de los Comentarios

Desde el punto de vista formal, podemos distinguir dos tipos de Comentarios: uno es de carácter gramatical-literario y de intereses variados: histórico, anticuario, gramatical y retórico, y consiste en breves explicaciones situadas a los márgenes de los textos de poesía y prosa estudiados en la escuela (son los *σχόλια* o *γλώσσα*); el otro tipo es el Comentario en sentido estricto —*ἐρμηνεία*, *ὑπόμνημα*, *explanatio*, *interpretatio*, *commentarius*—, en que el intérprete ilustra el texto de un poeta, filósofo, médico, jurista o autor bíblico por medio de paráfrasis más o menos extensas, según los casos (el texto comentado, que se sitúa antes de la paráfrasis, recibe el nombre de *λήμμα*)⁹.

⁷ Los fragmentos de Evemero pueden encontrarse en F. Jacoby: *Die Fragmente der griechischen Historiker*, Berlin 1923; cf. E. Roquet: *Palèfat. Històries increïbles*, Fundació Bernat Metge, Barcelona 1975, 24-26.

⁸ H. Dörrie: «Zur Methodik antiker Exegese», en: *ZNW* 65 (1974), 121-138; J. Pépin: *Une critique conséquent de l'allégorie païenne: celle des milieux chrétiens non-allégoristes*, en J. Pépin: *Mythe et allégorie*, Paris 1958; Idem: *La tradition allégorique de Philon d'Alexandrie à Dante*, Paris 1987; J. Chapa: *Principios hermenéuticos de un filósofo neoplatónico. Algunas consideraciones sobre la exégesis alegórica*, en J. M. Casciaro (ed.): *Biblia y Hermenéutica*, Pamplona 1986, 145-157; Ch. Jacob: «Arkandisziplin», *Allegorese, Mystagogie*, Frankfurt a. M. 1990; E. A. Ramos Jurado: *Mito y filosofía en el Neoplatonismo*, en: AA. VV., *Cinco lecciones sobre la cultura griega*, Sevilla 1990, 71-88.

⁹ En estrecha relación con este género se halla otro, conocido normalmente como *quaestiones et responsiones*; vid. N. Fernández Marcos - A. Sáenz Badillos (eds.): *Theodoretii Cyrensis Quaestiones in Octateuchum*, Madrid 1979; N. Fernández Marcos - J. R. Busto Sáiz (eds.): *Theodoretii Cyrensis Quaestiones in Reges et Paralipomena*, Madrid 1984; G. Bardy: «La littérature patristique des «Quaestiones et responsiones» sur l'Écriture Sainte», en: *Revue Biblique* 42 (1933), 211-229. Excede a los objetivos del presente artículo el presentar la evolución histórica de los distintos géneros que surgieron y tal vez derivaron unos de otros en orden a la interpretación de textos clásicos: *scholia*, *interpretationes*, *quaestiones et responsiones*, *catenae*.

Si bien estos Comentarios presentan rasgos muy personales, también cabe encontrar elementos comunes a ellos, en concreto, en el uso de las reglas hermenéuticas y en la estructuración formal del Comentario. Este consiste normalmente en paráfrasis situadas inmediatamente después de un *λήμμα* de la obra comentada. Estas paráfrasis se pueden unir a las siguientes mediante procedimientos de enlace del tipo: «y a continuación Pablo dice» o «consiguientemente Pablo añadió» (Teodoreto, *In Ep. Pauli* PG 82, 261D); otras veces no se recurre a ningún procedimiento de enlace de unas paráfrasis con otras, si bien no faltan alusiones como las siguientes al comienzo de una paráfrasis explicativa: «Sócrates es motivo de admiración para el joven (Alcibíades) por las razones que se acaban de decir» (Proclo, *In Alc.* 103 A 4-6). De este modo se logra crear una sensación de unidad interna entre las diversas paráfrasis, cosa que favorece al lector el concentrarse en el seguimiento de la propia argumentación del autor más que en el procedimiento interpretativo del comentarista.

El Comentario comienza siempre con un Prólogo o Prefacio, en el que el exegeta presenta los principios hermenéuticos que seguirá a lo largo de su labor interpretativa, y puede terminar con unas breves palabras conclusivas como, p. ej., las siguientes de Simplicio en su *In De Caelo* de Aristóteles: «A ti, oh Demiurgo, Señor de todo el cosmos y de los cuerpos en él contenidos, y a todas las cosas por ti hechas os canto en himno por haberme esforzado en atender a la grandeza de tus obras y en expresarla con palabras dignas, para que, suprimiendo pensamientos vulgares y humanos acerca de ti, te adoremos posternados de acuerdo a la eminencia que tienes para con todas las cosas por ti conducidas» (Simplicio, *In L. De Caelo* IV 6, ed. Heiberg, p. 731)¹⁰.

Con bastante frecuencia una obra no es abarcada por el Comentario contenido en un solo libro, sino que requiere varios más; en este caso, además del Prólogo General a todo el Comentario, cada libro suele comenzar con un nuevo Prólogo, mucho más breve, y termina

¹⁰ K. Praechter: «Die griechischen Aristoteleskommentare», en: *Byzantinische Zeitschrift* 18 (1909), 528 ss.; J. Montoya Sáez: «La doctrina del *Nous* en los comentaristas griegos de Aristóteles», en: *Estudios Clásicos* 27 (1985), 133-148; R. Serrano Cantarín: *Los Comentarios anónimos griegos a la ética a Nicómaco de Aristóteles*, Tesis Doctoral *pro manuscripto*, 2 vols., Facultad de Filología de Sevilla, 1987.

con unas palabras conclusivas, normalmente muy sencillas: «Puesto que nuestro décimo tomo ha adquirido ya una amplitud suficiente, vamos a poner fin a este libro» (Orígenes, *Comm. In Ioannem*, 10.º tomo, 323, SChr. 157). Entre los autores cristianos se dio también la costumbre de concluir estos libros y la totalidad del Comentario mediante doxologías trinitarias: «Los que han recibido la dignidad del divino magisterio sigan estas normas y enseñen a los siervos a servir a sus señores, de manera que en todo sea alabado Cristo el Señor, a quien junto al Padre y al Espíritu Santo, sea dada la gloria y la magnificencia, ahora y siempre y por los siglos de los siglos» (Teodoreto, *In Ep. Pauli* PG 82, 877C).

En lo que a la configuración de un Comentario se refiere, escribe Simonetti lo siguiente, centrándose en los Comentarios bíblicos de Orígenes, los primeros que de este género se nos han conservado: «Los Comentarios escriturísticos de Orígenes, debido también a su acostumbrada gran extensión, muchas veces son un poco dispersos; en efecto, examinados de cerca reflejan la intención de enseñanza con todo lo que eso conlleva de improvisado y alternativo. Forman parte de un género literario *sui generis*, la literatura escolástica bíblica, y tienen su propia *elocutio*. Finalmente es muy fácil reconocer en los comentarios origenianos continuas digresiones, ampliaciones anómalas de temas particulares, repeticiones que parecen llevarnos verdaderamente hasta dentro de la escuela al contacto con la viva voz del maestro»¹¹. Aunque la mayoría de los Comentarios de la Antigüedad presentan por lo general un aspecto más sistemático, conciso y ordenado que los de Orígenes, sin embargo, la cita aquí aludida de Simonetti pone de manifiesto que debió de haber una estrecha vinculación entre las enseñanzas orales impartidas por los maestros de escuelas y los Comentarios interpretativos. Tal vez este género, dotado de una peculiar *elocutio*, sea la confluencia de dos corrientes: por un lado, una corriente exegético-filológica, nacida con los *σχόλια* y las *γλώσσαί*; y, por otro, una corriente didáctica, desarrollada en la enseñanza oral de las escuelas del Helenismo y del Imperio Romano.

¹¹ Orígenes: *Comentario al Cantar de los Cantares*, Introducción y notas de M. Simonetti, Traducción de A. Velasco Delgado, Madrid 1986, 28.

3. *El σκοπός del autor y la ωφέλεια del lector como principios hermenéuticos*

Para captar el método hermenéutico seguido en un Comentario es importante atender al Prólogo que lo introduce, en el que el exegeta, al proyectar el plan de su obra, expone las reglas interpretativas que seguirá. Normalmente, estos Prólogos presentan características bastante similares entre sí con independencia de que la obra comentada sea literaria, filosófica o religiosa. I. Hadot ha estudiado los Prólogos a los Comentarios exegéticos de los filósofos neoplatónicos y de los escritores cristianos y aprecia que existen dos tipos de esquemas en la elaboración de estos Prefacios¹². El esquema más antiguo consta de seis puntos, y lo encontramos por vez primera en el Comentario de Orígenes al Cantar de los Cantares (s. III p. C.), el cual debió de inspirarse en los Comentarios aristotélicos y platónicos de su tiempo, que no se nos han conservado. El esquema del Prólogo a este Comentario origeniano (GCS, t. 33, Orígenes t. 8) es el siguiente:

1. Personajes del diálogo y su interpretación simbólica.
2. Puesta en escena dramática.
3. Disposiciones del lector.
4. Tema general de la obra.
5. Lugar de la obra en el orden de lectura y parte de la filosofía a que la obra corresponde.
6. Razón de ser del título.

Los Comentarios del siglo V a las obras de Platón y Aristóteles que se nos han conservado comienzan con un Prólogo General que, según I. Hadot, presenta un esquema de diez puntos, cuya codificación parece deberse a Proclo¹³. A su vez, cada diálogo platónico y cada tratado aristotélico vuelve a comenzar con otro Prefacio, esta vez de siete u ocho puntos, como p. ej. el siguiente de Proclo (*In Parmenid.* I, col. 624,29 - 627,39 Cousin):

¹² I. Hadot: *Les introductions aux Commentaires exégétiques chez les auteurs néoplatoniciens et les auteurs chrétiens*, en: M. Tardieu (ed.), *op. cit.* en nota 1, 99-122.

¹³ *Ibid.*, 109-111.

1. La finalidad —σκοπός— del autor.
2. La utilidad —χρήσιμον, ὠφέλεια— del lector.
3. La autenticidad —γνήσιον— del libro.
4. Su lugar en el orden de lectura —ἡ τάξις τῆς ἀναγνώσεως—.
5. La razón de ser del título.
6. Parte de la filosofía a que corresponde el diálogo o tratado.
7. La división en capítulos.
8. Forma de enseñanza.

Resulta llamativa la semejanza que este último esquema guarda con el Prólogo del Comentario de Teodoreto de Ciro (s. V) al epistolario paulino, y en general a todos sus Comentarios bíblicos (Teodoreto, *In Ep. Pauli* PG 82, 36-44):

1. La finalidad del autor.
2. La utilidad del lector.
3. La autenticidad de las epístolas paulinas.
4. Orden cronológico de las cartas.
5. El tema —πρόθεσις— del libro.
6. Las disposiciones internas del lector.

En el ámbito de lengua latina destacan los Comentarios bíblicos de Mario Victorino (s. IV), cuya doctrina filológica tiene un relevante papel en la formación del espíritu medieval, como ya se aprecia explícitamente en el mismo Boecio¹⁴. Según Victorino, el Comentario de una obra debe versar sobre seis puntos:

1. *operis intentio* (en la Edad Media, *subiectum, materia*).
2. *utilitas* (más tarde, *causa finalis*).
3. *ordo* (*causa formalis* o *forma tractatus et tractandi*).
4. *auctor* (*causa efficiens*).

¹⁴ A. E. R. Curtius (vid. «Dante und das lateinische Mittelalter», en: *Romanische Forschungen* 57 [1943] 163-171) se debe el descubrimiento de esta fuente, indicada por Boecio al comienzo de la primera redacción de *In Isagogen Porphyrii* I 1, según hace notar B. Nardi, *Osservazioni sul medievale «accessus ad auctores» in rapporto all'epistola a Cangrande*, en: B. Nardi: *Studi e problemi di critica testuale*, Bologna 1961, 273-305. Bibliografía sobre Mario Victorino como exegeta se puede encontrar en: A. Viciano - M. Stefani, *Fuentes de la especulación de Mario Victorino. Un «status quaestionis» de la investigación reciente*, en: J. I. Saranyana - E. Tejero (eds.), *Hispania Christiana. Estudios en honor del Prof. José Orlandis*, Pamplona 1988, 111-121.

5. *inscriptio* o *titulus*.
6. *ad quam partem philosophiae cuiuscumque libri ducatur intentio (cui parti philosophiae [opus] supponatur)*.

Como resumen cronológico de lo hasta ahora expuesto, se sitúan en primer lugar los Comentarios bíblicos de Orígenes (s. III), contemporáneos a los de comentaristas de obras filosóficas, no conservados, si bien Orígenes se debió de inspirar en estos últimos; siguen los de Mario Victorino (s. IV), que suponen cierto desarrollo metodológico con respecto a los del siglo anterior. En los siglos V y siguientes, dentro del ámbito griego, los Comentarios de autores neoplatónicos y de exegetas cristianos experimentan una continuidad y, a la vez, ampliación de los criterios hermenéuticos. En la Edad Media latina se seguirán las pautas señaladas por las ideas exegéticas de Mario Victorino y Boecio.

Estos esquemas aparecen, pues, en los Comentarios de autores neoplatónicos a Platón y Aristóteles y en los de autores cristianos a la Biblia. Los Prólogos de Galeno a sus Comentarios de los tratados de Hipócrates son, en cambio, mucho más breves y se limitan a una sucinta exposición del tema. El Prefacio de Donato a su Comentario a la Eneida vuelve a ser más extenso, pero no se adapta plenamente a esta esquematización; así, por ejemplo, no sólo hace hincapié en el *thema* de la obra, sino también en los *gesta* del personaje Eneas.

Según se desprende de lo anteriormente expuesto, se pueden apreciar características comunes a los distintos tipos de Comentario, no derivadas de un mero y superficial afán de unificar formalmente los Prefacios y la estructura general de la obra, sino emanadas de los principios hermenéuticos que la inspiran. Por eso, una nueva aproximación a estos Comentarios de la Antigüedad podría centrarse, en nuestra opinión, en la mejor comprensión y en el exacto alcance de sus reglas interpretativas; con este fin se deberían integrar los distintos criterios hermenéuticos en torno a los elementos que dan vida a una obra literaria: autor, texto y lector, que se corresponden a los tres elementos básicos de la comunicación: hablante, mensaje y oyente. Así se puede comprender de modo más pleno el esfuerzo interpretativo del exegeta, que, como lector privilegiado de la obra, intenta captar la finalidad —σκοπός— del autor y actualizar la utilidad —ὠφέλεια— de la obra al resto de los lectores.

Tal vez por este motivo comprendió Proclo que se debían aumentar de seis a diez los criterios hermenéuticos, expuestos en los Proemios, para interpretar mejor a los filósofos clásicos. De hecho, en sus Comentarios a Platón se aprecia muy claramente que principios filosóficos del sistema porfiriano —y en general del neoplatonismo— pasan a ser principios hermenéuticos aplicados a la interpretación de los diálogos platónicos. El principio porfiriano de la implicación recíproca, consistente en que las tres hipóstasis divinas están presentes simultáneamente en todo el mundo espiritual, y el principio de la denominación por predominancia, consistente en que una de las hipóstasis domina en su propio ámbito¹⁵, se convierten en Proclo en principios hermenéuticos para esclarecer los diálogos platónicos; así, las tres ciencias socráticas —dialéctica, mayéutica y erótica— están simultáneamente presentes en todos los diálogos, si bien en cada uno predomina una de las tres: en el Teeteto, la mayéutica y en el Alcibiades, la erótica¹⁶. El proceder hermenéutico del exegeta se hace así altamente didáctico: puesto que estos Comentarios sirven para introducir a los estudiantes del platonismo en la filosofía del fundador, el comentarista se esfuerza en su propia labor exegética por facilitar la recepción de las enseñanzas de Platón en el lector de sus obras.

A modo de ejemplo de cómo un exegeta cristiano de la Biblia adapta los criterios hermenéuticos a su afán de aproximar el lector al autor, podemos considerar el uso que Teodoreto de Ciro hizo de la costumbre generalizada de no mencionar nominalmente a otros exegetas con quienes polemizaba¹⁷. Teodoreto, al igual que otros autores cristianos anteriores a él, siguiendo el modo de proceder originado por Aristarco y Dídimo, se limita a mencionar a los otros exegetas mediante el indefinido *τινες ο*, a lo sumo, como *τινὲς τῶν προσηρμηνευκότων*, «algunos de los que nos han precedido en la interpretación», y así afirma: «algunos interpretan» o bien «algunos intérpretes

¹⁵ P. Hadot: *Porphyre et Victorinus*, 2 vols., Paris 1968, 239-246.

¹⁶ A. Ph. Segonds, *Proclus. Sur le premier Alcibiade de Platon*, vol. I, Les Belles Lettres, Paris 1985, 22-23 y 140.

¹⁷ Cf. nuestro artículo «'Homerom ex Homerou saphenizein'. Principios hermenéuticos de Teodoreto de Ciro en su Comentario a las epístolas paulinas», en: *Scripta Theologica* 21 (1989), 13-61.

dicen, opinan», pero nunca predica de ellos el verbo «enseñar», διδάσκειν; este verbo, en cambio, se reserva o bien para los autores bíblicos («Pablo enseña») o bien para las interpretaciones de la Biblia consideradas heréticas por la Iglesia («Valentín, Basílides, Marción y Mani enseñan»). Se trata, pues, de un hábil modo de utilizar el argumento de autoridad y de contraponer la enseñanza verdadera a la falsa. Por tanto, el conjunto de sus Comentarios produce en el lector la sensación de que sólo son realizados —mediante el verbo διδάσκειν— los nombres propios de autores bíblicos y de herejes; y es que era costumbre desde el siglo II en la catequesis de la Iglesia divulgar listas con los nombres de los principales herejes (p. ej., listas de gnósticos, como la anteriormente mencionada)¹⁸; por eso, los exegetas cristianos siguen en parte y en parte se apartan de la costumbre tradicional de no mencionar nominalmente en sus Comentarios a los otros exegetas con quienes polemizan.

Como se ve, la aplicación de los principios hermenéuticos por parte del intérprete responde al deseo de hacer comprensible el autor al lector; con la ayuda mediadora del exegeta, el lector comprende la finalidad —σκοπός, *intentio*— del autor para entender el sentido —διάνοια, *sententia*— del texto y así beneficiarse de su utilidad —ὠφέλεια, *utilitas*—.

Precisamente para garantizar la plena utilidad y aprovechamiento de un Comentario por parte de sus lectores, el intérprete no sólo ha de esforzarse por comprender el sentido del texto, sino incluso juzgar si tal sentido es adecuado a la verdad o no. Según Schäublin, esta praxis fue seguida tanto por los comentaristas neoplatónicos del *Corpus Aristotelicum* como por San Agustín en su labor exegética¹⁹. Cuan-

¹⁸ N. Brox, voz *Häresie*, en: *RAC* 13 (1986), 286-287.

¹⁹ Schäublin escribe: «Beide, der Autor wie der Interpret, sind je einzeln der Gefahr ausgesetzt, sich zu verfehlen: jenes bezüglich der Wahrheit, dieses bezüglich sowohl der Wahrheit als auch der *sententia* des Autors. Im Zusammenspiel dann mögen ihre 'Irrtümer' sich entweder kumulieren oder geradezu aufheben... Dem Exegeten ist aufgetragen, sich womöglich der *sententia* des Autors sowie der objektiven *ueritas* zu vergewissern; auf den Vorrang freilich hat unabdingbar die *ueritas* Anspruch. Was nämlich gewinnt der Interpret, wenn er die *sententia* des Autors aufdeckt, ihretwegen aber der Wahrheit verlustig geht?: 'quid enim huic prodest de auctoris *sententia* certum esse, quando sibi eum non per quem [non] erraret, sed cum quo erraret elegerit?'

do se elabora un Comentario, no importa que el exegeta se sienta «amigo» del autor comentado, siempre que esté dotado del suficiente espíritu crítico con el que pueda juzgar si éste se halla en la verdad o no; es más, según San Agustín, conviene que el comentarista sienta un afecto favorable hacia el autor y la obra interpretados, para que ese sentimiento le ayude a una mejor exégesis en orden a su utilidad: «Piensa que, si hubiéramos detestado a Virgilio, es más, si no lo hubiéramos amado antes de entenderlo, por recomendación de nuestros antepasados, nunca habríamos encontrado respuesta satisfactoria a los innumerables problemas que plantea y que preocupan e inquietan a los gramáticos. No habríamos escuchado gustosos las soluciones favorables del autor, y estaríamos a favor de quien se hubiera propuesto demostrar que se trata de errores o expresiones rebuscadas. En realidad, las soluciones son muchas y variadas y cada uno intenta dar una explicación según su manera de entender al poeta, si bien reciben más apoyo las interpretaciones que lo valoran. Incluso quienes no entienden de ello no sólo creen que Virgilio no estaba equivocado, sino que sus poemas ofrecen sólo cosas dignas de admiración. Cuando un comentarador no cumple con su oficio y no sabe qué decir sobre un detalle, nos irritamos contra él, y no se nos ocurre pensar que, si no dice nada, la culpa sea de Virgilio. Y si para justificarse acomete la tarea de criticar a este gran escritor, sus alumnos, aunque les pague, le dejarán muy probablemente solo» (*De util. cred.* 13)²⁰.

Sin embargo, Agustín mismo y los comentaristas neoplatónicos de Aristóteles consideran predominante el valor de la verdad por encima del de la amistad, según el propio Estagirita había ya formulado: «Quizá sea mejor considerar el aspecto general de la cuestión y preguntarnos cuál es su sentido, aunque esta investigación nos resulte difícil por ser amigos nuestros los que han introducido las ideas. Parece, con todo, que es mejor y que debemos, para salvar la verdad, sacrificar incluso lo que nos es propio; sobre todo, siendo filósofos,

(Aug., *De util. cred.* 10)». Ch. Schäublin, «Augustin, 'De utilitate credendi', über das Verhältnis des Interpreten zum Text», en: *Vigiliae Christianae* 43 (1989), 56-57.

²⁰ Traducción de C. Basevi, *San Agustín, ¿Por qué creer?*, Pamplona 1977, 257; Idem, *San Agustín. La interpretación del Nuevo Testamento*, Pamplona 1987.

pues siéndonos ambas cosas queridas, es justo preferir la verdad» (*Eth. Nic.* I 6, 1906 a)²¹. Con el paso del tiempo, estas palabras, que Aristóteles había dirigido contra Platón y su teoría de las Ideas, son empleadas por sus intérpretes contra el mismo que por primera vez las escribió; todo esto son los precedentes del conocido adagio erasmiano «*amicus Plato, sed magis amica ueritas*»²².

4. Una nueva aproximación al estudio de este género

A propósito de las relaciones texto-lector, encontramos en Gadamer una interesante afirmación: «(El lector) pertenece al texto que está comprendiendo»²³. De ninguna manera pretende Gadamer reducir todo comentario de texto a un mero subjetivismo del lector. Se trata más bien de que un texto se actualiza como tal no en la medida en que permanece aislado del acto comunicativo, sino, por el contrario, en la medida en que es leído. De ahí que distintos filósofos hablen acertadamente de un «lector implícito» en todo texto²⁴. Los textos adquieren su realidad en cuanto son leídos; es decir, la obra literaria y su valor significativo no se agota en el momento de su comprensión, sino que lleva consigo condiciones de actualización, las cuales permiten constituir el sentido del texto en la recepción del mismo por parte del destinatario²⁵. Por tanto, el principio enunciado por Gadamer, de

²¹ Traducción de M. Araujo y J. Marías, *Aristóteles. Ética a Nicómaco*, Madrid 1985, 4.ª ed., 5.

²² L. Taran, «'Amicus Plato sed magis amica ueritas'». From Plato and Aristotle to Cervantes», en: *Antike und Abendland* 30 (1984), 93 ss.

²³ «(Der Leser) gehört mit zu dem Text, den er versteht». H. G. Gadamer, *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, Tübingen 1986, 5.ª ed., 345.

²⁴ W. Iser, *Der Akt des Lesens*, München 1967, p. 60; M. Riffaterre, *Kriterien für die Stilanalyse*, en: H. Hatzfeld (ed.), *Romanistische Stilforschung*, Darmstadt 1975, 161-197.

²⁵ Si profundizamos en los fundamentos filosóficos de estos criterios hermenéuticos, nos encontramos ante una realización del concepto platónico de participación. Con esta categoría —μέθεξις, *participatio*— intentó Platón (*Parm.* 151e, *Sophistes* 256a-b), como es bien sabido, resolver el problema lógico-ontológico de la Identidad-Diversidad: las Ideas son distintas unas de otras por su unión con lo Distinto, pero son también idénticas a sí mismas por su participación con lo Idéntico. Pues bien, un texto literario es idéntico a su lectura, ya que ésta es un constitutivo esencial de aquél; pero el texto es también distinto de sus lecturas, pues cada una de ellas es una independiente actuali-

que el lector pertenece al texto que está comprendiendo, se cumple en la praxis hermenéutica de la Antigüedad, precisamente en el mismo sentido en que Gadamer lo formula. Sin embargo, dicho principio es, en nuestra opinión, algo incompleto. En la teoría de Gadamer se da un cierto oscurecimiento y casi olvido de la presencia del autor en la obra literaria. Su concepto de «Horizontsverschmelzung» — fusión de horizontes — se circunscribe tan sólo al diálogo que se establece entre el texto y sus intérpretes: los propios pensamientos del lector entran en juego en el momento de la lectura para apropiarse realmente de lo que está dicho en el texto; así se convierte el texto en algo común.

Pero la praxis hermenéutica antigua puede aportar a algunos sectores de la moderna Hermenéutica una importante apertura de miras, en la medida en que se reconoce que también el autor está presente de algún modo en la obra literaria. Su finalidad, en el sentido de los términos griegos σκοπός, perspectiva, intención, o διάνοια, pensamiento, intención, era la clave de la Hermenéutica antigua y se podía resumir en el principio formulado por Aristarco y transmitido por Porfirio de Ὁμηρον ἕξ Ὁμήρου σαφηνίζειν, esclarecer a Homero a partir de Homero²⁶. La interpretación de un texto tiene precisamente lugar en la comunión de sentido e intención entre un autor y su lector.

zación del mismo. En cada lectura del texto se da una participación de la obra literaria en el lector.

²⁶ J. Pépin hace ver que este importante principio hermenéutico no sólo es propio de la interpretación alegórico-filosófica de las obras homéricas, sino que se hace extensivo a los demás ámbitos de la exégesis antigua (cfr. J. Pépin, *La tradition de l'allégorie*, op. cit. en nota 8, 194-196). Así, con respecto a la exégesis de las obras de Hipócrates por parte de Galeno y a propósito de la exégesis cristiana de la Biblia escribe Pépin: «Ce principe donne lieu parfois à une formulation remarquable du genre de «tel auteur est son propre exégète», «son propre herméneute». Dans un commentaire d'Hippocrate, Galien énonce, à partir d'un pont particulier, une règle générale: «C'est en effet d'Hippocrate lui-même qu'il fallait tirer l'exégèse de sa formule, pour que nous puissions dire, non seulement qu'elle a été énoncée de façon convaincante, mais qu'elle est de plus conforme à sa pensée» (Galien, *De comate secundum Hippocratem*, 1, éd. Kühn, VII, p. 646, 3-4)... Prétendre, comme le fait Jean Chrysostome, que le texte biblique lui-même enferme en soi le principe du déchiffrement de ses développements allégoriques, et tirer de cette conviction une «loi de l'allégorie» de portée générale, voilà qui équivaut en effet à confier à l'Écriture même le soin de sa propre exégèse, à la regarder comme l'agent de sa propre herméneutique: ἐαυτήν ἡρμηνεύσεν (Chrysostome, *In Isaiam* V 3, PG 56, 60)».

La «fusión de horizontes» entre sentido y lector está ya anticipada en la intencionalidad del autor. La recepción de un autor por parte del lector de sus obras consiste en la fusión entre texto y lector tal y como lo prevé la intencionalidad —σχοπός— del autor²⁷. Leer e interpretar a Homero, Platón y Pablo es captar su intencionalidad.

5. *Conclusión*

Como consecuencia de lo anteriormente expuesto pensamos que el integrar los principios hermenéuticos de la exégesis antigua en los tres elementos de la comunicación —hablante, mensaje, oyente, o bien: autor, texto, lector— ayudaría a comprender mejor la función mediadora del intérprete y la naturaleza de los Comentarios exegetícos. Así, hemos procurado sistematizar, a modo de hipótesis, los principios hermenéuticos de un exegeta antiguo del modo siguiente²⁸:

1. Principios hermenéuticos para la mejor comprensión del autor:
 - El exegeta busca y expone la finalidad del autor
 - El exegeta reconstruye los contextos extraverbales que ayuden a comprender la finalidad del autor:
 - la autenticidad de la autoría
 - circunstancias históricas y geográficas.
 - El exegeta estudia el estilo literario del autor:
 - las dificultades lingüísticas

²⁷ La moderna teoría literaria abunda también en esta serie de ideas. Así, en lo que a la intencionalidad del autor se refiere, se ha escrito: «...junto a la *semiología del sentido en el lector o en el crítico* se reconoce el derecho a una *semiología del sentido en el poeta*, que apele a sus intenciones... Esta es mi propuesta: que la medida de la significación de un poema —de su sentido— está en la intención del poeta». F. Lázaro Carreter, *El poema lírico como signo*, en M. A. Garrido Gallardo (ed.), *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos*. Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo (Madrid, junio 1983), Madrid 1984, 54-55. Y en lo que al receptor se refiere: «L'intendere un'espressione non consiste affatto solamente nella decodificazione di una espressione «in codice», ma l'intendere consiste piuttosto nella sintesi delle proprie esperienze e delle proprie aspettative con quanto viene udito». B. Schlieben-Lange, *Linguistica pragmatica*, trad. italiana de C. De Simone, Bologna 1980, 92. Por otra parte, no se debe olvidar la importancia que la Lingüística del Texto concede al papel de los contextos extraverbales en orden a comprender el sentido de un texto; cfr. E. Coseriu, *Textlinguistik*, op. cit. en nota 5, 92-101.

²⁸ Ver nuestro artículo citado *supra* en nota 17.

- el uso personal que hace el autor de las posibilidades expresivas del lenguaje.

2. Principios hermenéuticos para la mejor comprensión del sentido del texto:

- El exegeta interpreta el sentido literal del texto
- El exegeta interpreta el sentido alegórico del texto
- El exegeta busca la unidad del sentido entre las distintas partes de la obra o entre las obras del mismo autor:
 - razón de ser del título
 - lugar del orden de lectura
 - orden cronológico de composición
 - parte de la filosofía a que la obra corresponde (en Comentarios filosóficos y en bíblicos al Antiguo Testamento)
 - unidad de sentido entre Antiguo y Nuevo Testamento (sólo en Comentarios bíblicos).

3. El lector como principio hermenéutico:

- El exegeta fomenta las disposiciones del lector
- El exegeta procura facilitar al lector el seguimiento de la argumentación del autor
- El exegeta tiene presentes a lectores especializados —otros exegetas— y entra en polémica con ellos
- El exegeta se dirige sobre todo a un público más general y procura su utilidad, *prodesse* (y también su entretenimiento, *delectare*).